

¡SAYAKO!

Y otras narraciones sencillas

Iker Izquierdo



Biblioteca Creativa

A mi esposa N-Ray.
A mis amigos de Tokio, Takashi Nagashima, Atsuko
Komoda, Hiroshi Tachikawa y Mizuki Kikawa.

¡SAYAKO!

Y otras narraciones sencillas



Biblioteca **Creativa**

Editor, Miguel Rubio Lastra, Ediciones Catay Co. 佳台書店

© 2025, Iker Izquierdo

© 2025, Ediciones Catay Co. 佳台書店

© 2025, Cubierta, «¡Sayako!», Miguel Rubio Lastra

40758, Taichung (Taiwán)

edicionescatay.com

Primera edición, agosto de 2025

ISBN (tapa blanda) 978-626-98178-9-4

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización escrita de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley taiwanesa.

ÍNDICE

¡Sayako!	11
Mi conciencia enlojada	81
Las memorias de Sarkozy	101

¡SAYAKO!

La muchacha se hundió en el océano
como un pez.

Shinkichi Takahashi, *Entre la isla y la ensenada*¹

Mi hermana me rogó que comprobase si en Japón era más barato adquirir productos de Shiseido que en España. Mi natural fraterno me empujó a satisfacer este recado. Ningún ser humano que no fuese novelista podría haber anticipado que tres meses después terminaría casado con Sayako, la señorita con aspecto de elfa de *anime* que me vendió una crema de esa marca. Por aquel entonces, yo ya escribía novela y, a pesar de que nunca tuve poderes de adivinación, transité por aquel derrotero sin pizca de vértigo, pero tan sorprendido como cualquiera.

En fin, qué manera más deslavazada de comenzar una historia, ¿no creen? Supongo que el asunto de la crema siempre

¹ Según la traducción de José Luis Fernández Castillo y Kyoko Mizoguchi de la antología *En la quietud del mundo*, Pre-Textos, 2018, 1ª edición.

me pareció milagroso y quería que lo tuvieran presente desde el principio. En los talleres de escritura recomiendan dar inicio a una novela o un cuento con una frase epatante o una fórmula que recoja el final de la propia historia, al estilo de *Cien años de soledad*. A mí esto siempre me pareció un artificio innecesario y que solo funciona con ciertas narraciones. *Guerra y paz* comienza de la manera más anodina y es una de las cinco mejores novelas de la historia de la literatura. Desde luego no sirve para que los cursis se den el pisto en alguna tertulia, ¿pero a quién le importa la vanidad de un petimetre? La obra de Tolstoi tira por tierra la norma «académica».

Fue la propia Sayako la que me recordó esta circunstancia en una de nuestras interminables conversaciones poscoitales, que solo se veían interrumpidas por otro coito o porque alguno de los dos se quedara dormido. Hablábamos mucho de literatura, pero no exclusivamente. Nuestras exploraciones dialógicas abarcaban el universo conocido —conocido por nosotros dos, claro—, y lo mismo trataban de la música que de la tersura de una sardina para hacer *sashimi* o de la vida burguesa en nuestro querido barrio de Kanda. Conocer a Sayako acabó con varios de mis problemas, y sin duda contribuyó a desplazar algunas de mis obsesiones. Por ejemplo, antes de conocerla, yo me ocupaba en demasía de cuestiones ideológicas y de la actualidad política. Toda mi estrategia novelística estaba encaminada a ilustrar una tesis política, ya fuera de orden práctico o especulativo, a dar testimonio de una época o de una moda, o a poner en solfa las ilusiones del pueblo democrático. En mis libros y guiones para series de televisión o películas concedía a estas cuestiones una

importancia que cierto crítico calificó de «desmesurada», y otros de «morbosa», y como repartía a diestro y siniestro, los archipámpanos de la crítica literaria española nunca me otorgaron su plácet, como sí hacían con las luminarias predilectas del Régimen. Sayako, por palabra u omisión, extirpó primero el desasosiego que esta circunstancia me causaba, y luego desplazó mi enfoque a otras materias menos susceptibles de generar malestar, tanto en mí mismo como en el prójimo. Sayako sabía sus cosas de política, tanto de la nacional como de la internacional, pero era un tema que no acicateaba sus pasiones. Quizás nadie lo hubiera esperado de una empleada de Shiseido que trabajaba en los grandes almacenes Mitsukoshi del barrio de Ginza, pero ella siempre decía que era algo comprensible.

—Yo no voy a juzgar a las personas que se asombren de esto —dijo un día de verano mientras me acariciaba el pecho—, porque yo también me asombraría. Mis compañeras de trabajo no saben tanto como yo de literatura o de política, pero saben de otras cosas más importantes, y además todas han leído a Soseki en el bachillerato y se acuerdan de él, incluso para bien.

Esto tenía mucha razón de ser. En España, sin ir más lejos, cualquier bachiller asilvestrado por la salvaje realidad se acuerda de Pío Baroja y *El Árbol de la Ciencia*, sin entrar en detalles, claro.

No era casualidad entonces que durante mi vuelo de Madrid a Tokio hubiese ido yo leyendo *La dama errante* y su continuación, *La ciudad de la niebla*. Estábamos en la primera semana de enero y en ambas ciudades hacía un frío que *escarabaya el pelleyu*, como solía exclamar mi amigo

asturiano, Mateo Cortina, quien siempre me cantaba loas al Japón. Mateo había vivido allí y todavía viajaba cada poco tiempo, pues parte de su negocio dependía de este país. Al aterrizar en el aeropuerto de Narita, ya cerca de las nueve de la noche, la diferencia horaria me atacó sin piedad y me quedé dormido en el tren que lleva al centro de Tokio. Otras personas, por muy cansadas que estén, permanecen alerta al encontrarse de repente en un lugar que no conocen. A mí no me ocurría eso porque gozaba de una gran facilidad para conciliar el sueño en cualquier lugar y situación en que me lo propusiese, lo cual es una auténtica bendición.

Un pasajero australiano me despertó cuando llegamos a la estación de Shinagawa, donde me apeé con mi maletón y cambié a la línea Yamanote de Japan Railways. Unas pocas paradas después me hallé en Kanda, cerca de cuya estación se ubicaba mi hotel. Era un establecimiento de tres estrellas, limpio, coqueto, pensado sobre todo para los viajes de trabajo, destacando por su funcionalidad. La habitación era pequeña y se accedía a ella por un pasillo que daba a la calle. Estaba equipada con una cama individual, un baño privado, escritorio, una silla y un hervidor de agua eléctrico. La ventana daba a la intersección entre la avenida Sotobori y la calle Shuse-Fudo. Siempre me han gustado las habitaciones de hotel, signo inequívoco de que estás de viaje, y cuando yo estaba de viaje siempre me sentía bien. Al llegar, me di una ducha calentita y me metí en la cama. Aunque me dormí al instante, alrededor de las cuatro de la mañana mis ojos se abrieron como faros. Sin nada que hacer, saqué mi ordenador portátil y repasé las instrucciones y contactos que me había proporcionado Mateo Cortina.

Mi propósito al viajar a Japón no era el ocio ni el trabajo, sino el deseo de abandonar España y establecerme en el extranjero. No era la primera vez que visitaba Asia, continente que me atraía mucho más que cualquier otro, y su elección fue sencilla. Pero Asia es muy grande y alberga países muy variados. Obviamente fue Mateo quien me convenció de que me mudara al Japón, y en este primer viaje exploratorio, quería hacerme una idea de los sitios en los que podía vivir. Después regresaría a España para arreglar algunos asuntos y preparar mi partida. Nada de eso ocurrió como lo tenía planeado. Pero sigamos.

Cuando terminé de repasar las descripciones de los barrios y los tipos de alojamiento que me podía encontrar en Tokio, seguía tan despierto como al principio, así que agarré una novela de Pío Baroja que traía en el zurrón y me puse a leer. Cerca de las siete de la mañana volví a quedarme dormido con el libro abierto sobre el pecho. Cuando me desperté, el sol estaba en su cenit y desprendía agradables rayos que mitigaban el frío seco de la brisa del norte. En un café Veloce, cercano a la estación de Kanda, tomé un café con un sándwich de atún y un cruasán con queso. La ciudad funcionaba como una máquina bien engrasada y tenía el aspecto de ser un lugar lleno de vida, ordenada eso sí, pero repleta de dinamismo. Poseía un encanto especial. Claro que esa era mi opinión. Un amigo español que había visitado la ciudad durante un tiempo se quejaba de que «en Tokio no había poesía», por eso prefería cualquier capital hispanoamericana. Allá él, porque como decía Sayako: «cada uno se envenena con lo que quiere». En cambio yo nunca podría salir de Asia. Además, profesaba una afición moderada por el *anime* y el

cine oriental, por lo que a mis ojos, Tokio se aparecía como la más poética de todas las grandes capitales del mundo. El burgués promedio dirá que estamos ante cuestiones subjetivas, pero los estímulos que generan esta clase de pasiones son perfectamente objetivos. ¿O no? Sayako opinaba que era así, pero al mismo tiempo se aseguraba de que yo no le diera demasiada importancia.

—A ti te gusto yo y habrá razones objetivas, pero en el fondo, ¿qué importa? Somos tú y yo hasta el final —me dijo un día mientras preparaba *onirigi* para una excursión que íbamos a hacer a las cercanías del monte Fuji.

El único tormento que me llevo a la tumba y que Sayako nunca pudo erradicar del todo, es la comezón que me provoca el hecho de que mi amada hubiera sacrificado su espíritu creativo durante tanto tiempo para ejercer el rol de alma práctica de nuestra relación. Su pragmatismo fue siempre como la brida bienhechora y salutífera que me preservaba de mis propios bríos idealistas, tan poco recomendables para conducirse por la vida.

Salí de la cafetería otra vez al frío de la calle. Me arrebujé entre la bufanda, el chaquetón y el sombrero de lana, y eché a andar en dirección al norte por la avenida de Nakasendo. Aquel día no tenía ninguna cita prevista, así que deambulé por la calle sin demasiadas pretensiones. Poco tiempo después llegué sin proponérmelo al barrio de Akihabara. Feliz coincidencia porque, como ya he dicho antes, yo era un modesto aficionado al *anime* y al *manga*, y aquel barrio era como Londres para los pijos: o sea, La Meca. Eché un vistazo a las dos tiendas más emblemáticas: Radio Kanda y Animate; luego me acordé del encargo de mi hermana y me dispuse